

LA TRISTEZA DE GOETHE

I

Al recorrer el velo que recataba el busto,
Te ves, oh Goethe, un numen de fascinar sereno,
Y lloras ante el mármol, ¡tú, Júpiter venusto!
Grave, feliz, remoto, primaveral, agosto,
Del águila invisible y encadenado trueno.

Del ario Jove tienes la majestad austera.
—También a ti por Júpiter te consagró la Fama—
Tu frente brilla pura como la azul esfera.
Y al ascender en llamas tu fértil cabellera,
Dorado nimbo finge que excelsitud derrama.

Ante el dolor tranquilos, para el amor ardientes,
Lumínicas esferas o pozos de negrura,
A un tiempo son tus ojos, profundos y salientes,
Y ondulan de tus labios las curvas florecientes
Bajo el propicio gesto de tu viril dulzura.

En ti todo transpira la olímpica clemencia,
La plenitud, la firme serenidad, la ciencia,
El pecho sin la angustia de sórdidas perfidias,
La paz inaccesible, la inmaterial esencia:
¡Tú fuiste la viviente divinidad de Fidias!

Desde el alado trono que arrebataste al sino,
Profundizó tu libre pupila triunfadora
El rústico sendero y el ideal camino,
El vigilar amante del astro vespertino,
El salmo de la noche y el himno de la aurora.

Reconstruíste el mito de mutilados versos;
Su primordial enigma narráronte las piedras,
Y recogiendo anillos por el azar dispersos,
Se eslabonó la vida: del hombre hasta las hiedras,
Del polvo al mar que baña de luz los Universos.

Al remirar las vivas diademas de las flores,
Viste la ley que rige su aspiración intensa,
Y hace empinar sus tallos y exalta sus olores,
A los impulsos hélicos de místicos ardores
Que arrástralas al vórtice de otra espiral inmensa.

El mar soberbio, el éter puro, la selva ardiente,
Abriéronte la clave de su vital destino:
Todo es Amor, que nutre la Vida indeficiente,
Ensalmo que eslabona pretérito a presente
Y estampa en el futuro la luz del pie divino.

Arrebataste a Febo su veste policroma
Y sus veloces flechas le asiste en raudos vuelos.
Cruzaste por el mundo con alas de paloma,
O en ímpetus de águila, sobrepujando cielos,
Rapaste sus polluelos al porvenir que asoma.

Palpó tu sonda el fondo midiendo lo profundo.
Rasgó tu mano el velo de la razón arcana.
Sentiste el almo génesis de crepitar fecundo
Y acompasaste el himno de eurytmia sobrehumana
Oyendo los latidos del corazón del mundo...

Del hombre recorriste las tormentosas rutas
Siguiendo el rastro rojo por el pasado incierto;
En las eternas noches velaste entre sus grutas;
Le viste, ensangrentado, royéndose las frutas...
Y alzar después colosos del limo del desierto.

Y desde el monstuo alado de barba florecida,
Hasta el jardín flotante de la ciudad caldea,
Soñando con Oriente tu carne estremecida,
De tu diván lo evocás, lo vuelves a la vida
y un gesto, un mármol roto se eternizó en idea.

De la dorada Grecia, la sobriedad, la norma,
La proporción, el numen y el inmortal estilo,
—Espejo de verdad que lo real transforma—
Rindiéronte el secreto de la inasible forma,
Que fue canción en Lesbos y fue cincel en Milo.

Los Genios que pasaron, a tu ideal conjuro
Y en tu redor cerrando la curva soberana,
—Por cúpula tu frente de gravitar seguro—
Supérstites columnas del pensamiento puro,
El Partenón irguieron de la Razón humana.

Tuviste la inexhausta fecundidad marina,
Sus sirtes abisimosas, su ritmo en el sosiego;
Por conchas de tus playas, la humanidad mezquina . . .
Si tu pensar fue el ampo de la glacial colina,
Volcán fue siempre, insomne, tu corazón de fuego.

Lilí, Carlota, Otilia: musas de tu existencia,
Del árbol de tus ansias, almibaradas pomas;
Vórtices de pasión, ráfagas de inocencia,
Goces que fueron duelos, martirios de la ausencia,
Sueños que se alejaron, trocados en palomas!

Dieron su luz cordial a tu amor vespertino,
De la infantil Bettina los arrobados ojos,
Y, grácil, Sunamita de tu invernal camino,
La viste, sollozando contra tu ser divino,
Regocijar tu ocaso con arreboles rojos . . .

Si arrebataste a Júpiter el cetro de la vida,
Sus símbolos a Orfeo, su cítara al Crinado;
Si a tu vivir le diste la exaltación panida,
Y por templar las hieles del implacable hado
Vaciaste de Dyonisos la copa enloquecida;

¿Por qué, caído el velo que te ocultaba el busto,
Al ver, oh Goethe, el mármol, de fascinar sereno,
Lloraste ante tu imagen? ¿Qué torcedor adusto
Turbió la linfa clara de tu pensar robusto
A atormentando el golfo de tu tranquilo seno?

.....
Al azotar tu rostro las ráfagas medrosas
Caídas de tus sienas las aromadas rosas,
Sondaste el loco abismo que tragará tu suerte,
Sentiste el cerco helado de flores soporosas
Que con roída mano te entretejió la Muerte.

Viste la hoz que siega los cósmicos trigales
Y borra de los seres la inanidad florida,
Y al recordar tus ávidos delirios eternos,
Oh vencedor dichoso de horóscopos fatales,
¡Ante el brutal destino te enloqueció la Vida!

Férvido imán, avaro de lo que alienta, soles
Y orugas deleitaron tu soledad sagrada.
En tu voraz anhelo, tu inspiración alada
Atravesando el Cosmos, leyó sobre arduas moles
La equívoca sentencia que dijo: Todo es nada.

¡Oh veleidad sublime del alma soñadora!
Cantamos: ¡Todo es nada! cuando en la noche ardiente
De la ilusión despunta la festival aurora . . .
Mas al sentir que llega la mustia Segadora,
Compendia el mismo grito la negación doliente.

Al ascender risueños por la vernal colina,
Límpido canto sube. La alondra matutina
Precede y, bajo un éter de beatitud, se avanza . . .
Al tramontar . . . solloza la tarde mortecina
Y su mudez nos dice que ha muerto la esperanza!

Este dolor salvaje también fue tuyo un día:
¡Sintiólo un Dios muriendo sobre su cruz bravia!
(Para que al débil siervo tu laxitud no asombre.)
De tus ardientes lágrimas el mundo se gloria
Porque, al rodar supimos que sólo fuiste un hombre!

II

Al fenecer, quisiste legar a los humanos
Esclarecida norma de tu mentor afecto,
Y con el noble ritmo de tus patricias manos
Grabaste en dócil mármol, con signos soberanos,
El salmo jubiloso del ideal perfecto:

“No puede ningún ser abismarse en la nada.
Una savia eternal la existencia infutura.

*Risueño de esperanzas, aférrate a la vida.
Eterno es el vivir: una ley inviolada
Los tesoros protege, que el universo anida."*

*"¡La verdad conquistóse ha mucho! Siempre atrajo
A sí todos los nobles espíritus. Memóra
Esa antigua verdad!*

Vástago de la tierra:

*A quien púsola a andar en torno al sol —adora—
Y a quien fijó a su hermana los ámbitos do yerra."*

*"Torna el ojo a tu ser, a la íntima esencia
De ti mismo; en el fondo encontrarás un guía:
—El ser noble le fía, sin temor, la existencia—
Allí no fallan reglas, que la libre conciencia
Es un Sol, y en el Orbe moral no muere el día."*

*"Los sentidos también te guiarán; si tu mente
Vigila, no podrán enzarzarte de errores.
Con ávido mirar, obsérva sonriente,
Y marcha sobre el mundo vestido de primores,
Modesto, firme, probo, serenada la frente."*

*"Frena el placer; acuda la razón si la vida
Te llama, entre opulencias a gozar de la vida.
Así deja de ser efímero el pasado,
El porvenir, así, convive a nuestro lado,
Y es el fugaz instante la eternidad vivida."*

*"Y cuando así formado, sientas en lo profundo
Esta verdad: 'No hay otra verdad, ni más valía
Sino lo que hacer pueda tu espíritu, fecundo',
La marcha observa entonces que va siguiendo el mundo,
Y mientras rueda y rueda . . . vé con la minoría."*

*"Lo que buscó el filósofo, lo que el cantor procura
Es crear en silencio los hijos de la idea.
¡Tal tu suerte! No hay otra más envidiable y pura
Que preguntar los sueños y sacudir las palmas
Que el porvenir reserva para sus grandes almas!*

GUILLERMO VALENCIA

A PROPOSITO DE LA "TRISTEZA DE GOETHE"

REPLICA A DON LOPE DE AZUERO

Belalcázar, marzo 15 de 1921.

Señor don Lope de Azuero.—Bogotá.

Grande y buen amigo:

Cuando me doy a meditar en la tarea que has emprendido, colosal para cualquiera que no fueses tú, de revaluar la Historia y la Literatura, experimento el mismo pasmo que al ver precipitándose al abismo nuestra gran catarata. Tu sabiduría, al igual del Tequendama al caer, no se deja conducir, se impone, y ¡guay! de los hominicosos que reciban a pleno sobre sus cabezas el estruendoso golpe: eso y evaporarse, uno sería para aquéllas hipotéticas víctimas. Dígolo yo a quien benigno hado no dejó me cayese verticalmente el chorro anonadante, aunque hoy, medio asfixiado, apenas si logro entreabrir los ojos, volver en mí, darme cabal cuenta, bajo la tromba huracanada, de que aún resuello, de que me es posible coordinar algunas ideas, de que hay para mí todavía tenue esperanza de supervivencia.

Para valorar el estrago de tus sentencias, impónese medir la altura de que descenden: es sideral; la masa que representan: imponderable; la eficiencia destructiva que encierran: irresistible y anuladora: la retaguardia ideológica que implican: la ciencia inefable; el milagro portentoso que entrañan: ser accesibles a nosotros, y la soberana piedad que atestiguan: actuar sobre la pequeñez de nuestras obras. Sólo preparada así con este acto de fe, puede aventurar una hormiga sus leves pasos encima de la Gran Pirámide en que pisas, oh restaurador de Valmiki.